

Hombres. Consecuencias biopsicosociales de la masculinidad patriarcal.

Mgtr. Beverly Viviana Contreras Yes
Colegiado Activo No. 2835

Resumen: El ser humano es un ser biopsicosocial donde convergen variables que de forma directa o indirecta intervienen en su desarrollo. Una de ellas es el género, el cual se comprende como todos aquellos roles, mandatos y atribuciones que construyen la definición de masculino y femenino en diferentes culturas que diferencian a hombres y mujeres y lo que cada uno debe cumplir y asumir como propio. En el caso de los varones uno de los modelos que ha se ha perpetuado durante generaciones es el de la masculinidad patriarcal que determina la identidad de los mismos en relación al poder, superioridad, valor adquisitivo y social en comparación a las mujeres y otros hombres; otorgándoles al género masculino un lugar privilegiado en el sistema social por el simple hecho de nacer varón. Investigaciones en la actualidad dejan al descubierto que a pesar de esta ventaja adquisitiva, esta tiene un impacto negativo importante para su bienestar biopsicosocial, volviéndoles más vulnerables y padecer diversas patologías a nivel físico y emocional que han disminuido considerablemente su expectativa de vida en relación a las mujeres. El objetivo de este artículo es determinar las consecuencias y efectos biopsicosociales que el modelo masculino patriarcal ha provocado en los hombres y la necesidad de redefinir los roles de género impuestos para hombre y mujeres.

Palabras clave: género, hombres, identidades masculinas, masculinidad patriarcal, violencia.

Abstract: The human being is considered a biopsychosocial being where intrinsic and extrinsic variables converge directly or indirectly and they intervene in its development. One of them, gender, is understood as all those roles, commands and powers that build definition of male and female in different cultures and that differentiate men and women, which must each one fulfill and assume as their own. In the case of males one of the models that has perpetuated through generations is the patriarchal masculinity that determines their identity in relation to power, superiority, acquisition and social value, in comparison to women and other men, granting masculine gender a privileged place in the social system by the sole fact of being born males. Current investigations expose that despite of this acquisitive advantage that has been granted to them, it has a significant but negative impact on their biopsychosocial wellbeing, turning them to become more vulnerable to different physical and emotional pathologies that have reduced significantly their life expectancy in relation to women.

The aim of this article is to determine the consequences and biopsychosocial effects of the model of patriarchal masculinity has caused in men and the need to redefine gender roles for men and women.

Keywords: gender, men, masculine identities, patriarchal masculinity, violence.

Masculinidad es un concepto complejo conformado por componentes que se interrelacionan en forma directa o indirecta; por ello, para realizar el análisis de dicho concepto es importante clarificar dos temas básicos y fundamentales: sexo y género. El primero es definido según Huberman (2014) como la información biológica y cromosómica con la que todo ser humano nace. Téllez y Verdú (2011) comentan que el sexo es considerado como invariables características biológicamente determinadas del hombre y la mujer; por lo que este permite dividir, en cada ser que nace, dos posibilidades: hombre o mujer.

Mientras, el género es un concepto mucho más amplio que cubre una serie de conceptos y componentes que lo constituyen como una variable de suma complejidad pero de inigualable valor. Este se refiere a las características sociales que construyen la definición de lo masculino y lo femenino en distintas culturas; puede entenderse como la red de rasgos de personalidad, actitudes, sentimientos, valores y conductas que distinguen a los hombres y las mujeres. (Téllez y Verdú, 2011). A dichas valoraciones se añaden las normas, percepciones, visiones, capacidades, roles e incluso las tareas y trabajos que culturalmente se atribuyen a lo masculino y femenino.

El género se considera de tipo relacional, con una consolidación a lo largo del tiempo, remitiéndose a las relaciones entre hombres y mujeres desde la niñez, etapa desde la cual se marca el inicio de las relaciones de poder entre los mismos. Dicho linaje cultural se nutre con estereotipos, mitos, creencias con un significativo impacto en todo tipo de relación. (Huberman, 2014).

Las características descritas marcan una clara diferencia entre los términos sexo, el cual es biológicamente predeterminado, percibido como

una dicotomía que en raras ocasiones presentará variaciones, y el término género, que es una variable que se mantiene en constante cambio de acuerdo al momento social, geopolítico e histórico que cada sociedad experimente.

Este posee inagotables posibilidades de cambio, acompañado de una constante evolución lo cual podría percibirse como una de las características positivas que lo conforman; sin embargo, lo mismo marca una huella indeleble desde el nacimiento y proporciona, a hombre y mujeres, las atribuciones, roles y cargos que deberán desempeñar de acuerdo a su género, las posibilidades de crecimiento, el acceso a oportunidades, incluso los permisos y prohibiciones que cada uno tendrá.

Huberman (2014) menciona que el “género afecta a todas las personas, hombres y mujeres, actuando como una especie de *corsé* de fuerza del que resulta difícil (no imposible) salir porque es un elemento fundamental en lo masculino o femenino” (p.11), por lo que este trae consigo ciertas imposiciones las cuales en muchas situaciones provocan incompatibilidad e incongruencia en ambos sexos entre lo asignado y lo sentido de acuerdo a su género.

Dicha afirmación es mencionada por Schóngut (2012) quien refiere “las desigualdades entre hombres y mujeres no están originadas por una diferencia sexual supuestamente natural, sino porque nos hemos encargado de sexualizar nuestros cuerpos, nuestro espacio y nuestra historia en sistemas dicotómicos, como una forma específica de ordenar la sociedad” (p.30). A esto, Soto (2013) añade que género femenino y masculino son construidos sobre mandatos exigidos por una sociedad.

En el presente artículo, con la clarificación de ambos conceptos, se analizan diversos componentes relacionados con el género. En el caso específico de los hombres, este se conforma a partir de dictámenes y roles que no poseen características innatas ni naturales; sin embargo, deben ser acatados según la forma en que se define la masculinidad en su cultura. La definición de la masculinidad no puede ser elaborada desde el supuesto de que es algo inherente con lo que nace cada hombre.

Pignatiello (2014) menciona que se posee una tendencia a considerar que la masculinidad es en esencia algo innato, algo que por naturaleza es dado a quienes la poseen; sin embargo, dicha percepción deja fuera tantos componentes que minimizan su entendimiento y abordaje. Por el contrario, esta es el resultado de la inserción del sujeto en la cultura, por lo que la supuesta naturaleza masculina no existe. Una mujer al igual que un hombre no nace como tal, únicamente su sexo es definido desde este momento, todos los demás elementos que lo conforman y definen son incorporados en los mismos a través de procesos que involucran referentes culturales, relaciones sociales y vivencias individuales. El autor menciona:

La masculinidad no existe por sí sola, es resultado de una amplia trama de relaciones, significados y prácticas; es producto de una muy amplia interdependencia que ignoramos creyendo que lo masculino viene dado por los genitales o las hormonas. Fuera de esa interdependencia la masculinidad es vacuidad, se construye en los bordes de un vacío. Si nos adentramos en el revés de la masculinidad, ubicamos, por una parte, el reverso donde podemos identificar los modos en que se usa lo masculino para recubrir y rechazar ese vacío; por la otra, el reconocimiento de las formas en que eso fracasa. ¿Qué fracasa? Un modelo cultural hegemónico y los afanes individuales

por realizarlo. (p.126)

Esto permite comprender que no ha existido y posiblemente nunca existirá una única forma de definir la masculinidad, razón por la cual, es mucho más apropiado utilizar en todo discurso teórico, incluso coloquial, el plural de dicha palabra, ya que masculinidades desde el uso más básico del lenguaje refleja que no existe una fórmula ni receta universal que contenga todos los ingredientes que la integren y definan.

Al respecto, Huberman (2014) menciona que las distintas formas de masculinidad y sus representaciones, se generan y mantienen a través de los grupos sociales, instituciones e individuos de una sociedad determinada, por lo que estas han sido construidas por una sociedad contextualizada; son el producto de la interacción social, fundadas a partir de las estrategias y recursos disponibles en cada contexto.

Desde este enfoque pluralista, es oportuno añadir lo expresado por Badinter (como se citó en Soto, 2013) quien en relación a la identidad masculina refiere: “no hay una masculinidad única, lo que implica que no existe un modelo masculino universal y válido para cualquier lugar, época, clase social, edad, raza, orientación sexual...sino una gran diversidad de maneras de ser hombre en nuestras sociedades”. (p. 97).

La presentación de este panorama y mandatos permite comprender los resultados de diversas investigaciones que se han enfocado en el impacto de ciertas prácticas, muchas impuestas de acuerdo a su género en la población masculina, lo que constituye un factor crucial para comprender a mayor profundidad la concepción del hombre desde la perspectiva de género.

De acuerdo a Keijzer (2006), como se ha mencionado con anterioridad, el término género se comprende como un conjunto de atribuciones y funciones construidas social y culturalmente las cuales se adjudican a los sexos, como una justificación de las diferencias y relaciones de opresión entre los mismos; lo expuesto se interioriza por medio de la socialización donde se pueden identificar claras ventajas para el hombre, las que con el paso del tiempo se constituyen como un peligroso agente que tiene un costo para la salud tanto del género masculino como femenino.

La incorporación de dichas características sucede puesto que estas se presentan –y en realidad lo son– como ventajas de las relaciones de poder entre géneros, poseen un valor social alto y son asignadas el nacimiento a través de diferentes redes e instituciones. Por tanto, es usual que dicha problemática sea invisible o negada de forma parcial o total, en especial por los propios varones. Si se define el género como todas aquellas atribuciones y significados impuestos por una sociedad, por un grupo social de acuerdo al momento sociopolítico e histórico, se puede comprender que las relaciones de género no pueden ser estáticas; estas cambian constantemente con el tiempo.

Según Keijzer (2006) parece ser que las mismas se están transformando con mayor rapidez, lo cual puede estar asociado a algunos cambios tales como: acelerado proceso de urbanización, incorporación de las mujeres a la fuerza laboral y la reestructuración económica que esta conlleva, deterioro del poder adquisitivo lo que mueve a más miembros de la familia a buscar una oportunidad de trabajo remunerado siendo cada vez más de estos mujeres, fenómeno de migración interno y externo, cambios en la organización familiar, entre otras.

Sin embargo, a lo largo de la historia, sin importar el contexto geográfico en el que sea situada, la masculinidad patriarcal ha regido muchas de las pautas de comportamiento que los hombres deben asumir y reproducir en su intento de ser definidos y reconocidos como tal.

Este es el eje central de análisis del presente artículo, por lo que, para poder identificar los efectos que esta ha tenido sobre la población masculina, es imperante construir una clara definición de la misma y cómo esta ha sido interiorizada por muchos varones como una verdad absoluta.

Masculinidad patriarcal

Según Soto (2013), la masculinidad patriarcal está constituida por una gama de valores, actitudes, comportamientos, creencias y conductas que buscan poder y autoridad sobre cualquier otra persona que sea considerada débil e inferior, a través de diversas formas de opresión, coacción y violencia. Es una forma de relacionarse y supone un manejo de poder que fortalece las desigualdades existentes entre hombres y mujeres en el ámbito personal, económico, político y social. Esta concepción del mundo se fundamenta en mitos patriarcales basados en la dominación masculina y la sumisión femenina, donde el varón es autosuficiente con sumo respeto a la jerarquía; dichas concepciones son tomadas como ideales para luego convertirse en mandatos sociales de cómo debe ser, comportarse y actuar un hombre.

Para Huberman (2014) un punto fundamental en la construcción de esta masculinidad es la importancia que posee “la constitución de espacios de identificación o rechazo. Se es o no se es parte de la cofradía; en el medio, nada por aquí, nada por allá”. (p.17).

Estas conceptualizaciones mencionan dos dimensiones que deben tenerse claras para comprender en un espectro más amplio todos los componentes que constituyen la masculinidad patriarcal; la primera que tiene que ver con los hombres como individuos en cuanto a su entender y práctica sobre ser hombres, y la segunda que tiene que ver con la masculinidad como una estructura ideológica que responde a la sociedad patriarcal, emisora de valores y mandatos, creadora de consenso para hombres y para mujeres.

Es importante hacer énfasis en los mandatos y roles masculinos patriarcales, los cuales podrían compararse con dictadores sociales que emiten la normativa sin opción a cambio de cómo los varones deben comportarse, sentir y pensar según diversos mandatos sociales y cumplir una serie de roles asignados a su género; de lo contrario, dicho orden patriarcal se encargará de castigar a quienes no cumplan con esas tareas.

El desarrollo del análisis sobre la masculinidad patriarcal ha sido una labor que, desde el punto de vista histórico se categoriza como reciente. Desde la década de los años setenta, autores como Herb Goldberg, Dan Kiley, León Gindin y Michael Kaufman empezaron a mencionar la importancia del estudio de la masculinidad patriarcal, como una acción posterior y complementaria a los procesos de reivindicación feminista. Los autores mencionados identifican elementos que intervienen en la construcción de la masculinidad patriarcal y sus diversas expresiones, partiendo del cuestionamiento central sobre los efectos negativos que dentro del sistema social patriarcal se provoca en los hombres. Es precisamente en este último aspecto donde radica la importancia de estas propuestas, ya que se antepone al pensamiento que tradicionalmente considera que “los hombres están bien, mientras que son las mujeres quienes deben luchar por la

reivindicación en la sociedad”.

Con respecto de ese punto, Muñoz (2012) agrega que se presentan al orden del día valores patriarcales como la virilidad, valentía y la fuerza, en desconocimiento de la experiencia masculina, lo cual conlleva a elevados costos sociales y una disminución en años potenciales de vida. Dicha afirmación genera interrogantes en relación a las causas de esta disminución; una posible respuesta nace al entender que el cuidado de sí en la salud masculina está transversalizada por elementos sociales que limitan sus alcances reales, más aún según diversos autores si se consideran las apropiaciones de género que han persistido en la cotidianidad.

Esto conduce a evaluar si la masculinidad patriarcal ha sido tan benevolente con la población masculina como muchas corrientes teóricas afirman; una de ellas quizá, si no la más fuerte, es el feminismo pragmático. Por el contrario, esta ha dejado una marca invisible e indeleble en los hombres, que los acompaña desde su nacimiento y que constituye el eje potenciador de padecimientos tanto físicos como psicológicos en los mismos.

Esta realidad alterna la experiencia de vida juega un papel fundamental, puesto que para el caso de los varones han sido creados códigos culturalmente legitimados que inhiben, reprimen o desatan una serie de acciones que pueden conducir a la pérdida de la salud. Dicha afirmación es constatada por diversos autores, entre ellos Figueroa, Doctor en Sociología y Demografía de la Universidad de París, quien, en su conferencia inaugural del V Coloquio Internacional de Estudios sobre Varones y Masculinidades realizado a inicios del año 2015, realiza una serie de reflexiones sobre masculinidad y patriarcado, tales como: “lo que no se nombra se acaba asumiendo que no existe”. (Figueroa, 2011).

Por su parte, Gabarro (2008), hace mención del significativo impacto que ha tenido la masculinidad patriarcal en diversos ámbitos, lo que deja al descubierto que esta no sólo ha causado consecuencias desde el enfoque de género sino en otras esferas que conforman una sociedad. El autor afirma que en esta se encuentra la base de diversos conflictos sociales como la misoginia, homofobia, violencias de género, fracaso escolar, en los alarmantes índices de siniestralidad automovilística, acoso y violencia escolar, grupos delictivos, en muchos comportamientos incívicos y elevadas tasas de abuso de sustancias legales y no legales, entre otras.

Agrega Gabarro que la masculinidad patriarcal no es la única desencadenante de estos problemas, pues a estos se atribuyen otras situaciones como la marginación, pobreza o el estatus socioeconómico, pero sí tienen un papel clave en los mismos, ya que la forma en que muchos adolescentes y hombres son llamados a construir su identidad masculina es una razón relevante en estos conflictos, y sin una transformación de dicha construcción estos no podrán ser resueltos en su totalidad. Esta construcción hegemónica o tradicional se ha cimentado en Occidente y países musulmanes como un proceso de diferenciación y negación de la alteridad de los demás, de cualquiera que no sea este yo central masculino, en especial contra las mujeres y personas homosexuales. Cortés (como se citó en Gabarro, 2008) señala que la identidad masculina tradicional se ha fortalecido y establecido a través de un proceso de protección ante dos amenazas: la feminidad y la homosexualidad.

Para comprender la masculinidad patriarcal es importante conocer los valores matrices del modelo social de la masculinidad tradicional hegemónica, los cuales son expuestos por Bonino (2008), quien argumenta que el fiel cumplimiento

de este modelo es un factor de riesgo de primer nivel para la salud; mas no lo es el simple hecho de nacer como hombre. Dentro de dichos valores menciona la autosuficiencia, belicosidad heroica, autoridad sobre las mujeres y valoración de la jerarquía, los cuales son interiorizados por los varones como ideales y obligaciones a través de la socialización y que provocan que su vida y conducta estén marcadas por el control de sí mismos y de los demás, así como, riesgo, competitividad, movimiento vital guiado por lógica de éxito-fracaso, ausencia de conductas de cuidado y vida afectiva.

Dichos mandatos facilitan el desarrollo de hábitos poco saludables, puesto que se invita a la creación de un ser humano omnipotente, que niega su vulnerabilidad, inflexible, que no tiene capacidad para sobrellevar ni elaborar el sufrimiento, con poca tolerancia a la frustración ante los cambios en su posición social. Asimismo, promueve algunos valores contrapuestos a otros significativos para la convivencia, salud y vida, lo cual tiene como resultado las relaciones desiguales con las mujeres, vulnerabilidad a desarrollar trastornos en la salud de los propios hombres, en otros varones, mujeres, niños, niñas y adolescentes que los rodean. La competencia, dureza y represión emocional, acompañadas de una percepción de éxito como meta exclusiva, el afrontamiento temerarios de los riesgos, y autosuficiencia promueven la desvalorización de la prudencia, prácticas de riesgo, déficit de autocuidado y sexualidad ansiosa no controlada entre otras.

Al realizar la desconstrucción del significado de la masculinidad patriarcal es inevitable percibir como dicho modelo impacta de forma negativa a diversos niveles y áreas que conforman la vida de los varones, lo cual es motivo de preocupación para diversas corrientes de estudio del ser humano, ya que no es una problemática nueva, por el contrario,

posee un amplio recorrido en las relaciones humanas. Una de las causas que podrían explicar por qué este modelo de socialización de ser hombre se ha consolidado con tanta fuerza y ha persistido a través del tiempo es la necesidad de la población masculina de demostrar continuamente que siguen siendo hombres.

Según Gabarro (2008), el mensaje transmitido a los varones es que no es suficiente haber demostrado una vez que se es un hombre, sino por el contrario, es necesario estar dispuesto a demostrarlo siempre que alguien lo ponga en duda; lo que motiva a muchos a mantener sin cambio las circunstancias que les han permitido llegar a serlo.

La perspectiva de género no sólo ha realizado significativos aportes desde el feminismo para comprender muchos mecanismos de opresión, sino que ha ofrecido información relevante para comprender y trascender diversos problemas y desigualdades que hasta la fecha no han sido superadas.

En síntesis, son diversos los componentes tanto intrínsecos como extrínsecos que interactúan en la construcción de la identidad masculina, la cual al tener los mandatos y valores de la masculinidad patriarcal conllevan una amplia gama de efectos negativos en las diversas esferas que constituyen al ser humano: física, emocional y social, especialmente en el caso de los hombres.

Consecuencias físicas

El ser humano es un ser biopsicosocial, y al hablar de los efectos en la salud se hace referencia a su esfera biológica, la cual es de vital importancia para que las personas tengan un bienestar integral. Velandia (como se citó en Huberman, 2014) menciona:

La salud es un derecho fundamental que se explica, vivencia y emociona por cada ciudadano/a de acuerdo con su etnia, edad, sexo, género y orientación sexual. La salud está encaminada al bienestar individual como: desarrollo positivo de la energía vital, capacidad de pleno desempeño individual y social, y buen vivir. Emerge de las interrelaciones, interafectaciones e interdependencias de los seres humanos consigo mismo y con los demás, en un medio ambiente determinado por la cultura y las relaciones sociales propias de cada modelo de desarrollo. (p.21)

Dicha definición muestra la importancia que posee preservar y propiciar la salud para un adecuado desarrollo y convivencia tanto consigo mismo como con los demás. No debería considerarse un privilegio, sino tal como se menciona, un derecho al que todo ser humano puede acceder. Sin embargo, diversas situaciones tanto contextuales como intrapsíquicas ponen en riesgo dicha condición.

Huberman (2014) menciona que el hombre que actúa adecuadamente en relación a su género no debe preocuparse por su salud ni su bienestar en general; su único foco de atención debe ser el mantenerse fuerte a nivel físico y emocional, en especial con relación a la condición de las mujeres.

Courtenay, (como se citó en Huberman, 2014) agrega que este debe concebirse como un ser independiente, quien en ningún momento necesita ser cuidado, por lo que es poco probable que pida ayuda a los demás, inmerso la mayor parte del tiempo en el mundo lejos de su hogar; así como hacer frente al peligro sin miedo, asumir peligros a menudo y no ocupar mayor tiempo ni esfuerzo en el resguardo de su propia seguridad.

Para iniciar el abordaje de las consecuencias de la masculinidad patriarcal en la salud masculina es importante analizar el contexto, percepción y conductas que presentan muchos hombres en torno a su salud, el inexistente cuidado y la tendencia a volcar su atención hacia otros bajo el mandato de protector que les ha sido impuesto.

Al respecto Bonino (2008), menciona que los varones han sido educados para ser activos, poseer el control, proyectar una constante defensiva, actuar como sinónimo de fortaleza, soportar el dolor de la lucha por la vida, a no depender de los demás, utilizar el cuerpo como una herramienta; todo esto es apoyado por Keijzer, quien menciona que muchos hombres accionan bajo la idea hasta donde el cuerpo aguante; asimismo, se les acostumbra a no pedir ayuda y se les dice que deben salir adelante sin importar la adversidad que se les presente, con extrema preocupación por lo que hay que hacer, y falta de empatía por el sentir. Al exponer el potente mensaje al que los niños están expuestos y aprenden desde los primeros años, toma mayor sentido la tendencia de los varones a desarrollar respuestas disfuncionales con relación al abordaje de sus malestares físicos o emocionales. Algunas de estas se relacionan de forma directa con la necesidad de tener todo bajo control en algo tan incontrolable como una enfermedad, por lo que muchos presentan manifestaciones como las que se describen a continuación:

- Dificultad para detectar signos de alarma corporal, y al hacerlo muestran una tendencia a desvalorizarlos o pasarlos a segundo plano.
- Imposibilidad de admitir ante sí mismos y los demás que poseen algún malestar.
- Tendencia a postergar el afrontamiento del

malestar, el que cuando es percibido en especial a través del dolor, es vivenciado como una amenaza de su cuerpo o vida.

- Inapropiado manejo del miedo y ansiedad que son generados por lo que no pueden controlar a través del enojo y la culpa atribuido a los demás por lo que les sucede.
- Retardar la asistencia a consulta, la cual es percibida como un fracaso a la autoeficacia; y en los casos en que se presentan a la misma, una tendencia a no expresar toda la información sobre sí mismos en lo físico y lo emocional, puesto que esto es tomado como una muestra de fragilidad y dejarse expuesto ante los demás.
- Imposibilidad de aceptar el rol de enfermo, puesto que este supone una pasividad anti-masculina, lo que amenaza fuertemente a su identidad.
- Resistencia a realizarse todos los exámenes que sean recomendados por un especialista, ya que estos son sinónimo de pasividad.
- Tendencia a abandonar de forma precoz los tratamientos que les sean sugeridos movidos por el fuerte deseo de recobrar lo antes posible su independencia.
- Acercamiento a los sistemas sanitarios de forma muy episódica, generalmente cuando el problema se encuentra avanzado y les resulta imposible llevarlo solos.

Por su parte, Muñoz (2012) refiere que la experiencia de vida posee un papel fundamental, y para el caso de los hombres, las conductas culturalmente legitimadas inhiben, reprimen o desatan una serie de acciones y situaciones que pro-

mueven de diversas maneras conscientes e inconscientes la pérdida de la salud. Valdez y Olavarría (como se citó en Keijzer, 2006), agregan que todo esto da como resultado la ausencia de los hombres en los espacios de la salud, lo cual está relacionado con las formas en que se construye la identidad del género masculino, así como sus contenidos tanto a nivel individual como colectivo.

Desde temprana edad, a los hombres se les instruye en la necesidad de poseer una apariencia de invulnerabilidad, con especial énfasis en el hecho de que a los hombres nunca les pasa nada, por lo que, de forma gradual desarrollan una constante búsqueda de riesgo que es percibido como sinónimo de valor desde la propia cultura y se ve reforzado a través de los medios masivos de comunicación que tienen como principal objetivo a niños y adolescentes. Por tanto, en etapas posteriores de desarrollo, los varones desarrollan dificultades para verbalizar sus necesidades de salud. Esto se ve ejemplificado en una conducta bastante usual, el no hablar de sus problemas de salud, ya que esto es considerado una muestra de debilidad, de feminización frente a los otros y otras. Los resultados de un estudio mostraron que dicha atención es únicamente para adultos mayores, mujeres, niños o enfermos, categorías dentro de las cuales no caben los hombres, lo cual les es totalmente ajeno. (Keijzer, 2006)

Martel (como se citó en Keijzer, 2006) refiere en relación a este cuidado de sí, que este se articula desde tres puntos de vista: el primero una actitud general, que provoca una concepción del mundo que provee una forma de relacionarse con los demás; el segundo, una mirada hacia fuera, que posee la función de un retorno hacia la propia interioridad para prestar atención a lo que sucede en el pensamiento; y el tercero, un conjunto de acciones que un ser ejerce sobre sí mismo en

búsqueda de modificación y transformación. Por tanto, la noción del cuidado de sí está conformada por diversos componentes: la relación que se establece con el cuerpo, con los otros y con el entorno; entonces en el ámbito de la salud, el cuidado de sí se percibe como una construcción social que posibilita el desarrollo de una actitud relacional. Al hablar específicamente del cuidado de sí en la población masculina, al igual que la femenina, este se condiciona por elementos sociales que disminuyen sus alcances reales. (Muñoz, como se citó en Muñoz, 2012).

Y ¿qué repercusiones tiene el poco cuidado de sí en la salud de los varones? Son muchos los estudios que afirman que son muchas, con una tendencia de ascenso y lejana posibilidad de descenso. Al respecto, Bonino (2008) menciona que en su mayoría, los hombres se enferman, presentan secuelas o mueren a la edad de 65 años por muchos de los trastornos de salud que implican mayor impacto sobre la salud pública, lo que tiene como consecuencia un mayor índice de mortalidad masculina en etapas tempranas. Dentro de estos padecimientos el autor describe:

- Coronariopatías (70% más que las mujeres)
- Cáncer de pulmón, tráquea, faringe, esófago, vejiga (entre 10 y 6 veces más que en mujeres).
- Cánceres genitales específicos (próstata y testículos) sub diagnosticados por la “vergüenza masculina” a ser tocado en “esas” zonas.
- Alcoholismo, con sus secuelas digestivas, especialmente cirrosis.

- Drogodependencias (5 veces más que las mujeres)
- Sida (p.183)

Otro campo de estudio en el ámbito de salud es la sexualidad y reproducción y el impacto que el género masculino ha tenido en el mismo, por su condición de ser hombre y los factores que a lo largo del tiempo han definido y conformado su identidad masculina. Keijzer (2006) menciona que la sexualidad es otra área central en el camino hacia la comprensión de las identidades masculinas y las repercusiones que experimentan en su salud.

Figuroa (como se citó en Keijzer, 2006), refiere que se han dado mayores privilegios a la visión de las mujeres como ser individual en la dinámica de la reproducción, así como la interacción entre parejas, pero no se han preocupado por mostrar y desarrollar acciones ni investigaciones enfocadas en la comprensión del comportamiento reproductivo de las parejas como una constante interacción y negociación entre hombres y mujeres. Por el contrario, se han centrado en los esquemas conocidos para la fecundidad de la población femenina, lo que ha tenido como consecuencia la marcada dificultad para generar datos de manera sistemática que permitan y contribuyan en la documentación de transgresiones y variaciones en los esquemas y estereotipos con punto de partida en la realidad en constante cambio que experimentan ambos géneros.

Dichas afirmaciones concuerdan con Muñoz (2012) quien argumenta que la masculinidad patriarcal se comprende como un punto de inicio para la creación y asimilación de lineamientos universales de comportamientos adheridos a la

población masculina; sin embargo, es poco o inexistente la atención que se presta al impacto que dichas conductas provocan sobre la salud de los hombres. Asimismo, menciona que dichas directivas poseen un alto impacto en la salud sexual y reproductiva teniendo un protagonismo significativo en la configuración de la identidad de los varones, a través de la afirmación de aprendizajes de género desarrollados en el escenario social y cultural que obstaculizan los hombres cuiden su salud, al reforzar conductas de riesgo, puesto que se otorga una primacía protagonista a los mandatos universales del “convertirse en hombre”.

En dicho escenario los valores patriarcales como la virilidad, valentía y fuerza tienen como resultado altos costos sociales y una disminución en años potenciales de vida, por lo que se puede observar una variedad de prácticas sexuales en los varones que están transversalizadas por el poder y favores que la cultura le otorga a los mismos por el hecho de ser hombres. (Keijzer, como se citó en Muñoz, 2012)

Pareciera ser que el género masculino ha sido privilegiado en diversos espacios al otorgársele diversos favores y distinciones por el hecho de ser hombres. Sin embargo, al realizarse un análisis detallado que tome en cuenta diversos factores, aparecen gradualmente otras perspectivas que llevan a cuestionar si dicha afirmación es correcta. Con respecto del tema, Figuroa (2011) menciona que en el proceso de acompañamiento del ejercicio de los derechos de los seres humanos, tanto en el derecho a la salud en general como en relación a los derechos reproductivos, diversos movimientos de reivindicación de los derechos del género femenino han privilegiado un lenguaje que posiciona al mismo como actor protagónico en los espacios reproductivos.

Esto se complementa con la experiencia ancestral que más allá de una interpretación académica de la realidad, deja al descubierto que no existen palabras a través de las cuales los hombres describan o relaten las experiencias que viven durante las diferentes etapas de su vida reproductiva, únicamente cuando lo hacen refiriéndose o en función de sus parejas, al describir que la misma está embarazada; incluso los indicadores demográficos y médicos se constituyen a partir de mediciones de características de las mujeres como tasas de fecundidad y embarazos de alto riesgo, los cuales son reforzados, legitimados, reproducidos y asumidos a través de acciones institucionales de dicho sistema.

Brachet (como se citó en Figueroa, 2011) aclara que la presentación de estas realidades no pretende minimizar ni dejar de lado lo que se ha documentado sobre los hombres que se alejan de sus relaciones de pareja cuando inicia el embarazo o durante el nacimiento de los hijos, ni muchos menos aquellos que olvidan sus responsabilidades de paternidad tanto emocionales como económicas, puesto que esto limitaría la percepción de una realidad objetiva y que sucede constantemente. Sin embargo, sí se busca traer a la mesa de discusión y reflexión el papel que posee lo que no se nombra en el campo de la investigación y vivencia de conductas reproductivas de la población de ambos sexos.

Consecuencias psicológicas

Lamentablemente, los efectos del predominio y reproducción de la masculinidad patriarcal en la cotidianidad de los varones no sólo han sido visibles sobre su salud física, sino que se han extendido a otras áreas como la emocional que

se convierte en una víctima en esta dinámica. Según Keijzer (2006) la construcción de la masculinidad tradicional abarca la generación de representaciones, mandatos y prácticas, así como una serie de presiones, represiones y limitaciones en ciertas manifestaciones de la emotividad, en especial las relacionadas al miedo, tristeza, incluso con mucha frecuencia la ternura.

Se ha determinado que la carencia de inteligencia emocional se encuentra con frecuencia como trasfondo de las adicciones y de los diferentes tipos de violencia que traen consigo un impacto negativo en la reproducción, sexualidad, relaciones y economía familiar.

En esta dinámica, el tema de la violencia es central en la relación entre masculinidad y salud, debido a las significativas repercusiones que esta tiene sobre la salud tanto de hombres como de mujeres. Otro de los problemas fundamentales a los que se enfrentan los varones en el aspecto emocional está ligado a una educación emocional de tendencias “0”, o lo que es lo mismo, dirigida a ocultar, negar o relativizar los sentimientos, lo que ha tenido como consecuencia un bajo nivel de tolerancia a la frustración, ya que no cuentan con mecanismos eficaces para elaborar y gestionar sentimientos cotidianos como la tristeza o el miedo, y sobre todo, aquellos relacionados con la vulnerabilidad, que se confunden con debilidad, hombres más dependientes afectiva y emocionalmente de otras personas y fundamentalmente de las mujeres. Aparecen cada vez con mayor frecuencia varones solitarios con carencias afectivas y dificultades para relacionarse, lo que se ha definido como “soledades masculinas”.

El panorama presentado con anterioridad, concuerda en diversos aspectos con lo expuesto por

Gabarro (2008) quien menciona que, debido a la dificultad de conectar con los propios sentimientos y la prohibición de poder expresarse libremente, muchos varones poseen relaciones personales insatisfactorias, las cuales se caracterizan por ser áridas o poco enriquecedoras para los que las conforman. Agrega a estas carencias emocionales, un analfabetismo emocional, el cual lleva "a una vida interior pobre y sin volumen y, por tanto, altamente insatisfactoria". (p.82). Esta situación se vuelve aún más alarmante al observar que muchos varones ni quisiera toman conciencia de tener problemas en este ámbito, ya que gran parte de sus emociones han pasado al terreno inconsciente tras años de ser ignoradas y negadas a toda costa, como sinónimo de fortaleza, superioridad y poder sobre otros hombres y demás personas con las que se relacionan en la cotidianidad.

Freud menciona, (como se citó en Pignatiello, 2014), otro factor importante que es considerado como un efecto negativo sobre el área emocional que experimentan muchos varones; este se refiere a las inhibiciones que producen un empobrecimiento del Yo; para no sentir es necesario no sólo un aprendizaje, hay que restringir funciones, lo cual implica una pérdida de recursos subjetivos. Dicho mecanismo tiene como resultado un carácter y semblante fuerte, hostil que cubre de forma incomparable una subjetividad falta de recursos para vivir, disfrutar y relacionarse consigo mismo y los demás. "El guerrero irascible y explosivo es sólo una quebradiza cubierta de un ser raquítico en lo emocional, en la valoración de sí mismo o en la capacidad para establecer vínculos humanos." (Pignatiello, 2014, p. 141.)

Por otra parte, un estudio realizado por la Organización Panamericana de la Salud (OPS) en el 2002, (como se citó en Muñoz, 2012), evidenció que los hombres son más propensos a prácticas que

disminuyen su expectativa de vida en relación a la de las mujeres. Asimismo, Krug, Dahlberg, Mercy, Zwi y Lozano (como se citó en Muñoz, 2012) mencionan otro estudio emitido por la OPS donde se refiere que las tasas de suicidio de hombres y mujeres varía de 1,0:1 a 10,4:1; en promedio se llevarán a cabo cerca de tres suicidios masculinos por cada suicidio femenino, siendo una tendencia más o menos constante en grupos de diferentes edades, con un incremento en los adultos mayores, donde las tasas en los hombres son aún más altas.

Dichos autores agregan que la violencia sexual contra niños y hombres es otro problema grave en dicha población; lamentablemente esta se ha dejado de lado en los estudios, salvo cuando se refiere al abuso sexual infantil. Dicha problemática es mucho más común de lo que mediáticamente se considera, y la violación y otras formas de coacción sexual contra los varones y niños son frecuentes en el hogar, lugar de trabajo, centros educativos, la calle, cárceles, entre otros. Sin embargo, son pocas las estadísticas confiables sobre la cantidad de niños y hombres violentados sexualmente, pues las que se consideran oficiales subestiman el número de víctimas.

Un factor agregado que aumenta la complejidad de esta situación según los datos disponibles, es la escasa o casi nula probabilidad de que los hombres denuncien una agresión sexual a las autoridades correspondientes en relación a lo que sucede en el caso de las mujeres.

Esta realidad deja al descubierto que los mitos sobre la sexualidad masculina también son una barrera para que los hombres presenten una denuncia contra su agresor; lo cual puede traer mayores consecuencias a nivel emocional, inmediatamente después de la agresión y a largo plazo, dentro de las que se pueden mencionar:

culpa, ira, ansiedad, depresión, estrés postraumático, disfunciones sexuales, afecciones somáticas, alteraciones del sueño, alejamiento de la pareja e intento de suicidio. A lo cual se suma, según algunos estudios, la correlación existente entre haber sido víctima de una violación y el abuso de sustancias, conductas violentas, robo y el ausentismo escolar. (Muñoz, 2012)

Por su parte, Bonino (2008) concuerda con la mayor incidencia en relación a los suicidios en la población masculina, sobre lo cual refiere: suicidios consumados, estos entre 3 y 6 veces más que las mujeres en relación a la edad, los cuales son precedidos por depresiones encubiertas. Dicho dato deja claro que el analfabetismo emocional mencionado por Gabarro no sólo tiene un impacto en la vivencia de las emociones naturales en el ser humano, sino en la imposibilidad de comprender cuando algún aspecto del área psíquica está presentando una dificultad que merece atención especializada.

Dentro de las situaciones problemáticas masculinas que se presentan con mayor frecuencia en el área emocional Bonino (2000) realiza las siguientes categorizaciones:

Malestares masculinos

- 1) Trastornos por sobreinvertimiento del par éxito/fracaso.
 - a. Trastornos por búsqueda imperativo del éxito o control.
 - b. Trastornos por sentimiento de fracaso viril.
- 2) Patologías de la autosuficiencia con restricción emocional.
- 3) Trastornos por sobreinvertimiento del

cuerpo-máquina muscular.

- 4) Hipermasculinidades.
- 5) Patologías de la perplejidad y trastornos de la masculinidad transicional.
- 6) Trastornos derivados de orientaciones sexuales no tradicionales.

Trastornos por indiferencia a otros o a sí mismo

- 1) Patologías de la autosuficiencia indiferente o agresiva
- 2) Trastornos por obediencia/rebeldía excesivas a la norma o jerarquía.

Abusos de poder y violencias (Molestares y maltratos masculinos)

- 1) Abusos de poder y violencia de género.
- 2) Abusos de poder y violencia intragenéricos.
 - a. Jerárquicos y generacionales.
 - b. Violencia entre iguales.
- 3) Abuso de autoridad y poder político.
- 4) Patologías de la paternidad y la responsabilidad procreativa.

Trastornos por temeridad excesiva

Por otro lado, un estudio sobre salud mental en Colombia, afirma que los trastornos por uso de sustancias psicoactivas (drogas, nicotina, alcohol) son más elevados en los hombres. A lo cual se agrega lo referido por la OPS en 2007 (como se citó en Muñoz, 2012), donde se afirma que dos de cada cinco personas en el país presentan como mínimo un trastorno mental durante su vida, con mayor prevalencia se sitúa la ansiedad (19,3%).

En los varones, prevalece con más frecuencia el abuso de alcohol (13,2%), situando nuevamente la prevalencia de uso de sustancias de todos los tipos como superior en la población masculina.

Consecuencias sociales

La esfera social posee tantas variables a considerar, la primera a analizar será el contexto escolar, esto con la finalidad de mostrar la forma en que los patrones de socialización desde temprana edad marcan la forma en que los hombres se definen, y cómo un ideal de masculinidad patriarcal trae consigo una serie de patrones de comportamiento disfuncionales que afectan sus relaciones interpersonales.

Gabarro (2008) considera que el ser hombre en el sistema educativo es un indicador inminente de fracaso escolar con igual peso que el ser parte de un grupo marginal, ya que dicha naturaleza aumenta potencialmente las probabilidades de fracasar académicamente. Para sustentar dicha afirmación presenta los siguientes datos:

En España, el porcentaje de la población entre 16 y 35 años que sólo han acabado los estudios primarios o la primera etapa de los estudios secundarios es, en conjunto, del 35,2%. Pero este dato afecta a un 41,5% de los varones y a un 28,3% de las mujeres. (p.59).

A esto se agrega que de un 29,1% de jóvenes que dejan la escuela obligatoria al acabar la primera etapa de los estudios secundarios, en relación al sexo del porcentaje presentado 23,5% pertenece a las mujeres mientras que un 34,2% corresponde a los varones que abandonan el mismo estadio educativo. Asimismo, menciona que de

cada diez personas que finalizan una licenciatura seis son mujeres. Afirma que aunque los datos son tomados de la población española, esta tendencia se está marcando de forma significativa en la cultura occidental. Considera que esto no es un fenómeno causado por el azar, sino que muchos adolescentes sienten que únicamente pueden mostrar que son hombres si se oponen al espacio académico, pues esto será un factor clave para construirse y definirse como un "hombre de verdad".

Otra de las consecuencias enmarcadas de la masculinidad tradicional en el ámbito escolar son las conductas disruptivas escolares. Según Gabarro (2008):

Ser mal educado, contestar mal a las y los docentes, oponerse a la autoridad escolar aparentemente sin demasiados motivos, molestar, incordiar a las compañeras y compañeros de clase, interrumpir las clases, romper las dinámicas de aprendizaje y un largo etcétera: todo esto se denomina "conductas disruptivas escolares. (p.63)

Dichas tendencias en los varones, según el autor, son básicamente una forma adolescente de demostrar la masculinidad tradicional, puesto que desean evidenciar que ya son hombres. Dicho argumento se torna más sólido al observar las estadísticas que pertenecen a otras áreas del globo como Sydney, donde en varias regiones educativas de la mencionada ciudad se estima que el 90% de los recursos educativos especiales tales como: apoyo psicopedagógico, clases especiales para estudiantes con problemas y trastorno de conducta, clases intensivas entre otros, son dedicados a los varones. (Foster, Kimmel & Skelton, como se citó en Gabarro, 2008).

Dicho panorama es explicado por Lomas (como se citó en Gabarro, 2008):

Algunas de las acciones cotidianas de los chicos en las escuelas e institutos que contribuyen a *convertir la cultura masculina del patio y del aula en una cierta ética –y una cierta épica- de la transgresión y la resistencia al orden escolar.* (p.65).

A dichas conductas, Gabarro (2008) añade otra problemática que cada vez se presenta con mayor frecuencia, el acoso escolar, el cual a partir de diversos estudios se han determinado varias causas, a las cuales se añade, la masculinidad tradicional que debe considerarse como uno de los detonantes del mismo. Esta fuerte afirmación la sustenta en uno de los mandatos que este modelo ha enseñado a los varones desde temprana edad, el cual indica que: *como hombre se tiene el permiso para utilizar la violencia*, lo cual podría explicar porque la mayoría de los maltratadores físicos son varones, ya que se les ha enseñado que la violencia es una potestad que pueden utilizar cuando decidan que es necesario hacerlo.

En esta dinámica en muchas ocasiones las víctimas son también varones, los cuales no siguen las reglas de la masculinidad patriarcal, lo cual muestra que esta no sólo trae consecuencias para sí mismo sino para otros hombres, por el siempre hecho de resistirse a encajar en el sistema de asignaciones de roles y mandatos impuestos por una sociedad que se preocupa únicamente por mantener de forma directa e indirecta la desigualdad y vulneración de los derechos de cada ser humano que le pertenecen desde su concepción. Por lo que se considera que el acoso escolar se construye como otra forma más en que muchos jóvenes demuestran su virilidad.

Otra variable a considerar dentro del ámbito social es el trabajo, ya que este ha sido una de las mayores insignias otorgadas a los hombres, pues se les ha significado como la figura proveedora, la encargada de producir el dinero necesario para cubrir todas las necesidades que demandan los miembros de la familia. Sin embargo, cada vez más son los autores que resaltan el impacto que dicha asignación ha provocado en los varones.

Keijzer (2006), menciona que el cuerpo es vivido como instrumento para cubrir el rol proveedor, por lo general, el tomar consciencia de la importancia del autocuidado, de la valoración del cuerpo relacionado con la salud son conceptos casi inexistentes en la socialización de los hombres; por el contrario, dichos mensajes parecen ser atribuidos únicamente al género femenino. Bourdieu (como se citó en Gabarro, 2008) menciona que es posible:

Establecer un primer vínculo entre accidentes laborales y la masculinidad puesto que ciertas formas de “valentía” que se les exige a los hombres en ciertas profesiones típicamente masculinas como la policía, el ejército, la mecánica o la construcción son usadas para que rechacen las medidas de prudencia y niegue o desafíe el peligro con conductas fanfarronas e irresponsables. (p.75).

Según Bourdieu un importante número de accidentes se debe al miedo de perder la valoración o admiración del grupo de iguales masculinos, ya que el seguir las reglas de seguridad son generalmente asociadas a estrategias femeninas, por lo que es rechazada a muchos niveles por la comunidad masculina que se conduce bajo los mandatos de la masculinidad tradicional.

Al respecto, Bonino (2008) añade que el modelo social de la masculinidad tradicional hegemónica posiciona en primer lugar a los varones en el ámbito público, y la obligación a desempeñar un rol profesional provoca que sean más expuestos a los efectos de la precariedad laboral puesto que en la mayoría de ocasiones laboran fuera de casa. El autor se refiere específicamente a la salud laboral, donde dicho modelo se percibe como un determinante de la resistencia de los varones a proteger y cuidarse, puesto que esto no es de "hombres". Dicha tendencia propicia los accidentes laborales y falta de percepción de un desgaste psicofísico.

Otras consecuencias

La violencia es un problema social que continúa en crecimiento a pesar de los diversos movimientos que tratan de combatirla a través de varias acciones, en especial es las últimas décadas. Diversos autores coinciden en que las manifestaciones violentas que durante mucho tiempo han sido parte de la insignia que caracteriza a los varones no es algo innato, sino que se atribuye a los aprendizajes sociales y roles de género que se les han sido transmitidos a través de la socialización de generación en generación.

Al respecto Gabarro (2008) considera que muchas manifestaciones violentas son básicamente masculinas y consiste en una forma de demostrar y validar que han llegado a la edad adulta. Se considera que muchas de las relaciones verbales entre adolescentes son violentas y reflejan las características de los roles asignados desde la masculinidad tradicional. Dentro de estas el autor menciona que pueden ser tomadas en cuenta:

Muchas otras formas de expresión violenta, desde grafitis, *bullying*, comportamiento predelictivo, conductas incívicas, destrucción del

mobiliario urbano, lenguaje soez, oposición a las normas, pertenencia a bandas étnicas... gran parte de estos fenómenos están íntimamente vinculados con la necesidad de conquistar la adultez y la masculinidad de una determinada manera. (p.80)

Pignatiello (2014) menciona que existen mandatos culturales que determinan cómo debe ser un hombre; sin embargo, no existe ningún varón que encaje completamente en el tipo ideal que impone la cultura. Ante esta brecha, una gran porción de la población masculina escoge: "Inconscientemente por el afán angustioso de taptarla con insignias de poder, posesiones fálicas, excesos, riesgos y hasta con la propia muerte. El ejercicio de la violencia tiene un papel preponderante en este proceso" (p.128).

El autor menciona que existe una estrecha relación entre la masculinidad y la violencia, en la que se percibe no solo el papel estelar de los hombres en los hechos violentos sino que se expande a otros espacios, esto debido a que la construcción social y subjetiva de la masculinidad juega un papel importante en la producción de la violencia por medio de procesos que se han naturalizado, legitimado e invisibilizado.

Lo antes expuesto es confirmado por Bonino (2008) quien menciona que el modelo social de la masculinidad tradicional promueve valores que definen al hombre como heterosexual, quien se mide en la competitividad, confrontación y riesgo, donde la violencia es reconocida como un recurso permitido para resolver los conflictos, siendo el vínculo entre ellos definido por la amistad, burla,

presión, enemistad y violencia. Las altas tasas de homicidios, heridas y muertes debido a peleas y deportes, los problemas y trastornos derivados de violencias juveniles, guerras y otras formas de violencia entre hombres, así como “la morbimortalidad derivada de la competencia temeraria y la de la homofobia y los ataques a los varones definidos como “menos hombres” (tímidos, torpes o supuestos cobardes), están vinculadas a estos valores”. (pp. 183-184)

Conclusiones

El hablar de temas relacionados con el término género posee una implícita complejidad ya que en el mismo convergen tantos componentes no sólo de naturaleza social, sino en la salud, educación, y otros; por tanto, su impacto se expande a variables que a primera vista parecen no estar relacionadas con el mismo.

Específicamente al abordar la variable masculinidad, se percibe como un punto de convergencia en el cual se interrelacionan factores pertenecientes al macro y microsistema, donde la educación que poseen los varones desde su nacimiento marca de forma significativa la forma en que inicia esa percepción de sí en el ambiente; los roles y mandatos que deben cumplir y las actitudes y comportamientos que los definirán como verdaderos hombres y su papel en el macrosistema. Dentro de los modelos de “cómo ser hombre” que les son transmitidos de generación en generación, el modelo de la masculinidad patriarcal ha tenido un papel central, ya que en regiones como Latinoamérica incluso Iberoamérica, este es el modelo que ha predominado durante siglos. Un modelo caracterizado por buscar el posicionamiento del género masculino en el peldaño superior de la

jerarquía, donde se les ha enseñado que deben ser quienes poseen el papel protagónico, una figura de autoridad y protección; y el mantener dicho lugar es fundamental para poder definirse como hombres, sin importar los medios que deba utilizar a fin de conseguir dicho objetivo.

A simple vista pareciera ser que han sido privilegiados por el sistema por su innata condición de ser nacer hombres, que parte de su camino al éxito y reconocimiento ya fue caminado por el sexo y género que les fue asignado desde su nacimiento. Un sistema que ha marcado el poder, prestigio y reconocimiento son características de una persona que tendrá acceso a diversas oportunidades las que se traducen en mayor facilidad para alcanzar todo su potencial y por ende disfrutar de un desarrollo humano a todo nivel.

Sin embargo, al realizar un análisis de las implicaciones que ha traído a los varones el cumplimiento y constante lucha por alcanzar los estándares que se les han sido impuestos desde temprana edad a través de la socialización y roles de género, el panorama resulta ser menos favorable de lo que se concebía en un primer momento. Diversos autores y estudios han empezado a formular supuestos que dejan claro, que el cumplir los roles y mandatos de una masculinidad patriarcal han provocado serias consecuencias negativas para los hombres en diversas áreas que lo conforman como: la física, psicológica y social.

En el área física, debido a que el cuidado de sí mismo, la preocupación por la salud y el propio cuerpo han sido de cierta forma atribuidos al género femenino, muchos varones no perciben estas características como importantes, por el contrario, las perciben como una señal de fragilidad y poca virilidad, por lo que no se acercan a un centro asistencial hasta que sea absolutamente necesario,

lo cual tiene como resultado el agravamiento del padecimiento que puedan estar experimentando. Se ha demostrado cada vez con más fuerza que los hombres están expuestos con mayor frecuencia a padecimientos físicos tales como: coronariopatías, diversos tipos de cáncer, Sida, hipertensión, entre otros (Bonino, 2008) lo que ha tenido como consecuencia la disminución de la expectativa de vida en relación a la de las mujeres.

Otra área que ha sufrido un impacto significativo es la emocional, donde la comunidad masculina se ha vuelto cada vez más vulnerable a padecer ciertas patologías, de las cuales ni siquiera poseen la capacidad de tomar conciencia de que las están padeciendo, esto debido a diversas causas como el analfabetismo emocional expuesto por Gabarro, puesto la base del aprendizaje social que se les ha transmitido es el rechazo de su emocionalidad, la negación y total evasión de cualquier emoción que puedan experimentar, por lo que, en muchas ocasiones pueden estar experimentando una depresión severa que pasa disfrazada por mucho tiempo llevando en varias ocasiones a finales como el suicidio que se presenta entre 3 y 6 veces más que las mujeres en relación a la edad (Bonino, 2008).

Se suma a dichas consecuencias las experimentadas en el área social, donde los mandatos de una masculinidad patriarcal han arrastrado a los hombres en las primeras etapas a presentar problemas desde el ámbito escolar, con mayor tendencia al fracaso escolar, mayor vulnerabilidad a presentar conductas disruptivas, ser el actor principal en el acoso escolar no sólo como agresores sino como víctimas, a los que se atreven a poner en tela de juicio el "ser hombres" o lo que simplemente no encajan en el modelo que se les presentó como el ideal a seguir, seguido a un deterioro en las relaciones interpersonales al poseer esta constante necesidad de ser quienes

ejercen el control y poder, a través de mecanismos como la violencia, la cual es validada e incluso naturalizada y atribuida a los mismos como innata. Hasta problemas en el ámbito laboral, buscar ser el proveedor temerario y viril que todos deben seguir.

Ante este panorama, se hace imprescindible a través de la investigación y contextualización de cómo se definen las identidades masculinas a nivel cultural, social, político e intrapsíquico, encontrar puntos de quiebre en común que evidencien la necesidad de una redefinición de los roles de género que han sido impuestos a hombres y mujeres desde su nacimiento, que inicie desde instancias fundamentales en el desarrollo de todo ser humano como la familia, que puedan expandirse a instancias como las educativas hacia las laborales, con la finalidad de promover un bienestar biopsicosocial de todos los ciudadanos que conforman una sociedad. Tal como lo mencionan Sechel, Contreras, Winter, Pichardo y Barillas (2013):

Abogar por una reestructuración de roles hacia la equidad de género implica una reasignación de los privilegios y oportunidades que han sido adjudicadas únicamente a la masculinidad, donde ambos tanto hombres como mujeres tengan y logren acceso a los mismos, donde las diferencias de género no sean la implicación que defina el alcance de los mismos. De esta manera se cree que se logrará tanto una equidad de género como de derechos, donde se respeten las características de la universalidad e inherencia que los seres humanos poseen como derechos desde su nacimiento, botando los esquemas sociales que permiten la discriminación y violación de los mismos, donde el ser mujer o ser hombre es la condicionante que garantiza o no la ejecución de estos y su existencia. (p. 30). Ψ

Referencias

- Bonino, L. (2000). Varones, género y salud mental -deconstruyendo la "normalidad" masculina. En Segarra, M. y Carabí, A. (Ed.). *Nuevas masculinidades*. Barcelona: Icaria. (pp. 41-64). Recuperado de <http://www.luisbonino.com/pdf/Varones%20genero%20salud%20mental.pdf>
- Bonino, L. (2008). Salud, varones y masculinidad. En *Voces de hombres por la igualdad*. Comp. J.A. Lozoya y J.C. Bedoya. Edición electrónica de Chema Espada. (pp. 182-187). Recuperado de <https://vocesdehombres.files.wordpress.com/2008/10/salud-varones-masculinidad.pdf>
- Gabarro, D. (2008.). Transformar a los hombres un reto social. Lleida: Boira Editorial
- Figueroa, J. (2011). Paternidad, mortalidad y salud: ¿es posible combinar estos términos? En *Estudios sobre Varones y Masculinidades para la generación de políticas públicas y acciones transformadoras. IV Coloquio Internacional de Estudios sobre Varones y Masculinidades* (pp. 71-78). Montevideo, Uruguay. Recuperado de http://www.psico.edu.uy/sites/default/files_ftp/libros/Estudios-sobre-Masculinidades.pdf
- Huberman, H. (2014). Masculinidades: El modelo impuesto y su impacto sobre la salud. Manual de trabajo para organizaciones sociales. Confederación Nacional de Mutualidades de la República de Argentina (CONAM). Buenos Aires, Argentina.
- Keijzer, B. (2006). Hasta donde el cuerpo aguante: Género, cuerpo y salud masculina. *Revista La Manzana*, 1 (1). Recuperado de http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/paginas/reporteBenodekeijzer.htm#_ftn1
- Keijzer, B. (1997). El varón como factor de riesgo: masculinidad, salud mental y salud reproductiva. En Tuñón, Pablos, Esperanza (Coord.). *Género y salud en el Sureste de México*. El Colegio de la Frontera Sur y la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, pp. 197-216.
- Muñoz, N. (2012). Aprendizajes de género y cuidado de sí en la salud masculina: entre lo universal y lo específico. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2(2), 6-26. Recuperado de <http://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/141/72>
- Pignatiello, A. (2014). El tejido subjetivo de la violencia en el revés de la masculinidad. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 9(43), 123-147. Recuperado de http://saber.ucv.ve/ojs/index.php/rev_vem/article/view/7981/7891
- Schongut, N. (2012). La construcción social de la masculinidad: poder, hegemonía y violencia. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 2(2), 27-65. Recuperado de <http://revista.psico.edu.uy/index.php/revpsicologia/article/view/119/73>
- Sechel, L., Contreras, B., Winter, A., Pichardo, P. y Barillas, L. (2013). Masculinidades y reestructuración de roles desde la niñez hacia una equidad de género. *Apuntes sobre prevención e intervención adecuadas en la niñez y adolescencia*, 1, 23-34. Guatemala: Cara Parens.
- Soto, G. (2013). Nuevas masculinidades o nuevos hombres nuevos: El deber de los hombres en la lucha contra la violencia de género. *SCIENTIA HELMATICIA. Revista Internacional de Filosofía*, 1, 95-106. Recuperado de <http://revistascientiahelmantica.usal.es/docs/Vol.01/06.-Nuevas-masculinidades-o-nuevos-hombres-nuevos.pdf>
- Téllez, A. y Verdú, D. (2011). El significado de la masculinidad para el análisis social. *Revista Nuevas Tendencias en Antropología*, 2, 80-103. Recuperado de <http://www.revistadeantropologia.es/Textos/N2/EI%20significado%20de%20la%20masculinidad.pdf>